

LA ENCRUCIJADA CLIMÁTICA. UN ANÁLISIS TRAS LA COP27

José Luis Blasco Vázquez

*Director Global de Sostenibilidad en Acciona.
Doctorando en la Universidad Autónoma de Madrid*

RESUMEN

Las negociaciones que se vienen desarrollando desde 1992 para lograr un compromiso de reducción global de emisiones de gases de efecto invernadero, no evolucionan con la velocidad que la urgencia del problema requiere. Desde diferentes foros se demandan reformas a estos complejos y poco efectivos procesos llevados a cabo anualmente en las Conferencias de las Partes (COP). En este artículo se proponen tres estrategias de actuación basadas en los aprendizajes llevados a cabo en estos años y que sugieren como palancas; una agilización de los procesos de financiación de la transición, una mayor transparencia y escrutinio en el seguimiento del desempeño climático y la actuación particular en sectores clave para avanzar más rápidamente en uno de los retos más relevantes que tiene por delante esta generación.

1. ORIGEN DE LAS NEGOCIACIONES CLIMÁTICAS

En 1990, el Panel Intergubernamental de Científicos del Clima de las Naciones Unidas (IPCC) publicó su primer informe de evaluación que venía gestándose desde hacía veinte años. En él se advertía que las emisiones resultantes de las actividades humanas estaban aumentando sustancialmente las concentraciones atmosféricas de gases creadores de un efecto invernadero en la atmósfera terrestre.

Este informe fue clave para que la Asamblea General de la ONU iniciara las negociaciones de lo que se convirtió en la primera convención para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, adoptada el 9 de mayo de 1992 y abierta a la firma de los países un mes después en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (la Cumbre de la Tierra) celebrada en Río de Janeiro (Brasil).

Este primer acuerdo mundial sobre el cambio climático contó con la adhesión casi universal de 197 países. El objetivo del Tratado era: "estabilizar las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impidiera interferencias antropogénicas peligrosas en el sistema climático".

El Tratado reconocía la existencia del cambio climático inducido por el hombre y dividía a los países en tres grandes grupos según sus diferentes compromisos. En particular, otorgó a los países industrializados (conocidos como Partes del Anexo I) la principal responsabilidad de combatirlo, pero sin especificar cómo.

Desde entonces, se celebra anualmente una Conferencia de las Partes (COP), órgano de decisión de la Convención. En las COP, los países (conocidos como Partes), revisan los inventarios nacionales de emisiones y deben tomar decisiones para promover su aplicación.

2. EL PROTOCOLO DE KIOTO Y EL ACUERDO DE PARÍS

En 1995, las negociaciones de la COP 1 se iniciaron con propuestas para reforzar unos compromisos que no habían sido concretados en la Convención y que dieron lugar a la adopción de un acuerdo vinculante de reducción de emisiones a los países industrializados: el Protocolo de Kioto de 1997. Sin embargo, durante el proceso de ratificación en 2001, algunos de los mayores contaminantes del mundo, como Estados Unidos, no lo ratificaron. Para su entrada en vigor en 2005 precisó de una negociación difícil con Rusia y antiguos países de la antigua órbita soviética a quienes se les facilitó mecanismos económicos para acelerar la modernización de su industria. El resultado no fue satisfactorio. Aunque los países firmantes redujeron sus emisiones, las emisiones globales aumentaron.

Durante la COP 15, celebrada en 2009 en Copenhague, resultó imposible llegar a un acuerdo para renovar Kioto, lo que hizo que el siguiente gran intento no tuviera lugar hasta París, en 2015, durante la COP 21. El Acuerdo de París estableció el ambicioso objetivo de mantener las temperaturas "por debajo de los 2 °C" y "proseguir los esfuerzos para limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C".

Lo más significativo del Acuerdo era que ya no tenía formato vinculante, por lo que todas las Partes, tanto las industrializadas como las menos desarrolladas, debían presentar planes en forma de contribuciones de reducción a nivel nacional (NDC, por sus siglas en inglés).

El Acuerdo de París estableció de plazo hasta 2018 para desarrollar y acordar las directrices que dieran plena vida al acuerdo antes de que entrara en vigor en 2020.

En la COP 24, celebrada en Polonia en 2018, se aceptó el Libro de Reglas de París, un conjunto de directrices desarrolladas para aplicar el acuerdo. Sin embargo, algunos aspectos técnicos se pospusieron y aún no se han acordado.

3. LOS PLANES NACIONALES INCREMENTAN SU AMBICIÓN, PERO NO ES SUFICIENTE

La aplicación del Acuerdo de París requiere una transformación económica y social, basada en la ciencia. No superar 1.5°C no es un objetivo político, sino un límite a partir del cual la comunidad científica prevé un impacto significativo del clima en las condiciones de vida de los habitantes de este planeta.

El Acuerdo de París funciona en un ciclo de cinco años de medidas climáticas cada vez más ambiciosas llevadas a cabo por los países. En 2020, los países presentaron sus planes de acción climática conocidos como contribuciones determinadas a nivel nacional (NDC). La suma de las contribuciones de los países tiene que ofrecer un impulso conjunto a la reducción de emisiones necesaria para no superar el umbral de 1.5°C.

La transmisión a la economía de este esfuerzo se produce a través de instrumentos legales y fiscales llevados a cabo a través de los ordenamientos nacionales, del establecimiento de un mercado global de carbono y de contribuciones económicas a fondos gestionados por organismos de las Naciones Unidas para promover la transformación de los países en desarrollo y la protección ante los fenómenos climáticos extremos que se prevén.

En 2022, los planes nacionales presentados en la COP27 todavía no eran suficientemente ambiciosos para poder situar al planeta en la senda deseada, aunque el discurso de las partes sigue manteniendo la "ambición" del 1.5°C.

4. LAS NEGOCIACIONES NO AVANZAN

Los climáticos, como todos los acuerdos en la diplomacia global, avanzan en función de las transacciones económicas y circunstancias geopolíticas de cada momento. En este caso podríamos

decir que tenemos cuatro grandes actores que juegan en el tablero climático: Los grandes bloques de países desarrollados, las potencias en desarrollo, los países en desarrollo que sufren las consecuencias del clima y los productores de combustibles fósiles.

El logro de avances en este difícil equilibrio de intereses contrapuestos, precisa de tres estrategias que se han demostrado de utilidad; agilizar los flujos económicos que permitan la transición de los países en desarrollo, la transparencia e integridad en el seguimiento de los inventarios de emisiones de los países, así como la puesta en marcha de iniciativas concretas que permitan la reducción efectiva de las emisiones de las actividades más emisoras.

5. AGILIZAR LOS INSTRUMENTOS PARA FINANCIAR LA TRANSICIÓN

Según la Climate Policy Initiative, aunque la financiación mundial de la lucha contra el cambio climático casi se duplicó en la última década, llegando a 665.000 millones de dólares en 2020, los incrementos no están en camino de cumplir con un escenario que permita detener el calentamiento global a 1,5°C. Según esta iniciativa, se precisarían movilizar hasta 4,3 billones de USD hasta 2030 (CAGR 21%) para evitar los peores impactos del cambio climático.

Sin embargo, tras 28 años de cumbres, son innumerables los fondos creados para la cooperación climática, aunque muy pocos de ellos se encuentran operativos y con capacidad de inversión. La sustitución de los tradicionales fondos de ayuda por estrategias para crear las condiciones de inversión adecuadas aceleraría la transición.

En la actualidad los mercados financieros cuentan con la liquidez necesaria (200 billones de dólares en manos de los inversores en 2020), pero existen barreras que impiden el despliegue. El retraso de las inversiones no hará sino aumentar el coste de la acción y la respuesta. En particular, las inversiones necesarias para adaptarse al cambio climático aumentarán considerablemente a medida que avance el calentamiento global.

Una de las principales novedades que se ha observado en el COP27 celebrada en Sharm el-Sheikh ha sido el avance en el concepto de “pérdidas y daños” acuñado en Glasgow. Según éste, los países tradicionalmente emisores al ser responsables de los cambios en el clima, también los serían de sus efectos, que tienen especial impacto en países que se encuentran expuestos y poco preparados a los fenómenos climáticos extremos derivados del cambio climático, y que además no han contribuido prácticamente a la generación del problema.

Aunque los países en desarrollo acudieron con poca fe a tratar un tema que ha sido sistemáticamente apartado de la mesa de negociaciones año tras año, se estableció un nuevo fondo para financiar las pérdidas que el agravamiento de los fenómenos climáticos extremos pueda producir en los países más pobres.

6. INCREMENTAR LA TRANSPARENCIA

Los compromisos climáticos de los países (NDCs) constituyen el principal instrumento del Acuerdo de París. Las sendas descritas en estos determinan lo lejos o cerca que, en el caso de cumplirse, estaría esta sociedad de cumplir con el objetivo de no incrementar la temperatura en más de 1,5°C.

Si se tienen en cuenta todos los compromisos NDC nuevos y actualizados presentados entre el 1 de enero de 2020 y el 23 de septiembre de 2022, las 166 naciones que han remitido dichos compromisos representan el 91% de las emisiones de gases de efecto invernadero, frente a las 152 de la COP26. Sin embargo, que haya más compromisos, no quiere decir que estos satisfagan el objetivo.

Se calcula que los compromisos NDC incondicionales conllevarían un 66% de posibilidades de limitar el calentamiento global a unos 2,6 °C para finales de siglo. En el caso de las NDC

condicionales, esta cifra se reduce a 2,4 °C. Las políticas actualmente en vigor, sin un mayor refuerzo de los compromisos, nos llevarían a un aumento de 2,8°C.

Para estar en camino de cumplir el objetivo del Acuerdo de París, se precisa reducir los gases de efecto invernadero durante los próximos ocho años en niveles sin precedentes.

A este difícil reto se debe añadir la necesidad de transparencia y honestidad en los inventarios de emisiones. El problema es que no todos lo son. Países como Malasia y Vietnam han sido acusados de presentar promesas que son esencialmente fantasías basadas en parte en supuestos al parecer erróneos.

Los organismos de control de las emisiones han mejorado mucho a lo largo de los años en el seguimiento de esos compromisos, utilizando satélites y mejores métodos científicos que estiman las emisiones, pero todo esto debe llegar a las mesas de negociación para crear confianza.

7. INICIATIVAS CONCRETAS, UNA NUEVA RESPUESTA PARA LA REDUCCIÓN EFECTIVA DE LAS EMISIONES.

Tras los años se ha demostrado que la actuación amplia y concertada no es posible, y menos en el momento tan bajo en el que se encuentra el multilateralismo, cabría pensar en desarrollar acuerdos parciales sobre aspectos significativos, tanto de las emisiones de gases de efecto invernadero como de la adaptación a los cambios en el clima.

Este es el caso del acuerdo para la reducción de las emisiones de metano. El metano es un potente contaminante climático, pero de corta vida, que es responsable de aproximadamente la mitad del aumento neto de la temperatura media mundial desde la era preindustrial.

Reducir rápidamente las emisiones de metano procedentes de la energía, la agricultura y los residuos puede suponer un avance a corto plazo en nuestros esfuerzos en esta década de acción decisiva y se considera la estrategia más eficaz para mantener el objetivo de limitar el calentamiento a 1,5°C al mismo tiempo que se obtienen beneficios colaterales, como la mejora de la salud pública y la productividad agrícola.

El Compromiso Mundial sobre el Metano se lanzó en la COP26, en noviembre de 2021, con la idea de catalizar la acción en la reducción de las emisiones de metano. Es un ejemplo de cómo las COPs pueden avanzar en temas concretos. Esta iniciativa es liderada por Estados Unidos y la Unión Europea y cuenta ahora con 111 países participantes que, en conjunto, son responsables del 45% de las emisiones mundiales de metano de origen humano. Al adherirse al Compromiso, los países se comprometen a trabajar juntos para reducir colectivamente las emisiones de metano en al menos un 30% por debajo de los niveles de 2020 para 2030.

Siguiendo este mismo ejemplo, nos podemos encontrar con numerosas iniciativas en las que participan entidades públicas, pero también privadas que unen sus fuerzas, eludiendo la rigidez de las negociaciones climáticas, trabajando y abriendo nuevos terrenos de juego.

Ejemplos:

- Desarrollo de 20 corredores verdes de transporte marítimo. Rutas que se llevarán a cabo con barcos de transporte de mercancías impulsados por hidrógeno - Zero Coalition and the Global Maritime y Green Shipping Corridor Hub
- Más de 550 bancos, aseguradoras, propietarios de activos, gestores de activos, proveedores de servicios financieros y consultores de inversión se han comprometido de forma independiente a alcanzar el objetivo de cero emisiones netas para 2050.
- 30 países y 6 de los principales fabricantes de automóviles se han comprometido a no fabricar vehículos propulsados por combustibles fósiles después de 2040.

- Más de un tercio (702) de las mayores empresas del mundo que cotizan en bolsa tienen ahora objetivos de reducción a cero, frente a una quinta parte (417) en 2020.
- Países en desarrollo como Indonesia o Sudáfrica se han comprometido a abandonar completamente la producción de electricidad usando carbón.

Se podría decir que nos encontramos en un momento clave. Hasta 2050, quedan tan solo 28 años para lograr la neutralidad climática. Los mismos que han transcurrido desde que se iniciaron las negociaciones del primer acuerdo. En este periodo de tiempo tan corto, se hace necesaria la acción urgente y valiente, no para que el planeta sobreviva al cambio climático, que sin duda lo hará, si no para que la especie humana, tras los grandes logros en calidad de vida y longevidad conseguidos en los últimos 200 años, no se vea abocada al desastre que la ciencia nos describe y del que sin duda nuestra generación será responsable.